



1080021953

PQ 6550

P4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

87504

010390

## LA PESCA.

### I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,  
¡oh mar! como si oyera  
la abrumadora voz de lo infinito,  
ha despertado en la conciencia mía  
honda melancolía,  
tu atronador, tu interminable grito!

### II.

Todo enmudece y cae en el misterio:  
el poderoso imperio  
que la tierra asoló con sus batallas;  
hasta los dioses que de polo á polo  
temidos son; tú sólo  
sientes rodar los siglos, y no callas.

## III.

No callas, y hasta el alto firmamento  
sobre tu ronco acento,  
y cuando revolviéndote en tí mismo  
ruges furioso, en tus entrañas late  
el horror del combate  
que empeña el huracán con el abismo.

## IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,  
el pensamiento humano  
como tú grande, como tú profundo,  
que alzando sin cesar su voz de trueno,  
forja en su ardiente seno  
las glorias y catástrofes del mundo.

## V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...  
¿Qué hiciste de las naves  
con que surcó tu inmensidad la aciaga  
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?  
Con el mortal olvido  
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

## VI.

Todo parece en tí sin dejar huella:  
el barco que se estrella  
contra el peñón, la armada que devoras,  
los continentes que iracundo invades,  
las sordas tempestades  
que avanzan en tus olas bramadoras.

## VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,  
mantiene en pie las ruinas  
que las ciegas catástrofes dejaron.  
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:  
por tí pueblos y razas  
como sombras efímeras pasaron.

## VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,  
sólo tu voz resiste:  
tu acento fué, como clamor de guerra,  
el que la humanidad oyó primero,  
¡ay! y será el postrero  
que en su agonía escuchará la tierra.

## IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas  
 y abismas en tus olas  
 la insolencia del fuerte á quien humillas,  
 mi espíritu conturbas y enajenas  
 con las tristes escenas  
 que esparcen el terror en tus orillas.

## X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje  
 que con recio oleaje  
 el cantábrico mar bate y socava,  
 al través de los árboles blanquea  
 casi ignorada aldea,  
 sobre la costa inabordable y brava.

## XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,  
 que sacudiendo en vano  
 la roca estéril sin cesar se agita,  
 el horizonte corta y se alza enhiesta  
 sobre la calva cresta  
 del picacho granítico, una ermita.

## XII.

¡Con qué placer la gente pescadora,  
 que al despuntar la aurora  
 por entre escollos á la mar se lanza,  
 del sol poniente al último vislumbre,  
 ve lucir en la cumbre  
 aquel faro de amor y de esperanza!

## XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,  
 torna á los patrios lares  
 el marinero audaz ¡con qué alegría,  
 con qué ferviente fe, descalzo y roto,  
 corre á colgar su voto  
 en aquel pobre templo de María!

## XIV.

¡María! que del piélago y del alma  
 las tempestades calma;  
 que recoge en sus brazos y consuela  
 al náufrago del mar y de la vida.  
 Bálsamo á toda herida,  
 puerto á toda aficción. ¡*Maris stella!*

## XV.

Desde el peñón desnudo y solitario  
 que el blanco santuario  
 con su apacible majestad abruma,  
 contempla por do quiera la mirada  
 la costa acantilada  
 donde se estrecha con fragor la espuma.

## XVI.

Y al diltarse por el mar, divisa  
 en la línea indecisa  
 do se juntan las nubes y las olas,  
 raudo vapor, que con la crin al viento,  
 acelera el momento  
 de arribar á las costas españolas.

## XVII.

Luégo, á medida que la luz desmaya,  
 con rumbo hácia la playa  
 cuyos contornos borra la neblina,  
 se ven llegar las pescadoras naves,  
 como tímidas aves  
 que al nido vuelven cuando el sol declina.

## XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,  
 en la empinada altura  
 de negro promontorio centellea,  
 y su destello intermitente oscila,  
 cual la roja pupila  
 de un Titán, que en las sombras parpadea.

## XIX.

Están, desde la cúspide del monte,  
 el mar y el horizonte  
 á la absorta mirada siempre abiertos,  
 y al otro lado, en la vertiente opuesta  
 de la escarpada cuesta  
 reclinado el lugar entre sus huertos.

## XX.

Silvestres hayas y robustos pinos  
 de los cerros vecinos  
 orlan y ciñen la brumosa frente,  
 por cuyas quiebras rueda y se desata,  
 como líquida plata,  
 el sonoro raudal de alguna fuente.

## XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega  
 la pintoresca vega,  
 siguiendo los contornos desiguales  
 de la verde montaña, resguardado  
 por el peñón tajado  
 de recios y furiosos vendavales;

## XXII.

bajo el amparo de la Iglesia santa,  
 sobre la cual levanta  
 sencilla cruz sus brazos redentores,  
 sin que la sed de la ambición le aflija,  
 humilde se cobija  
 aquel pueblo de honrados pescadores.

## XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,  
 rústico albergue asoma  
 al margen de un arroyo cristalino,  
 cuyo limpio caudal, abriendo calle  
 por el fondo del valle,  
 mueve después las piedras de un molino.

## XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,  
 y cuando el viento mece  
 con leve impulso sus tupidas frondas,  
 parece, reflejándose en el río,  
 que el ramaje sombrío  
 en el espacio tiembla y en las ondas.

## XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa  
 las tapias de la casa,  
 un joven pescador de piel curtida  
 por el viento del mar, áspero y rudo,  
 iba nudo por nudo  
 recorriendo su red, al sol tendida,

## XXVI.

para coger los puntos de la malla,  
 que en su postrer batalla  
 rompió, saltando el pez, vencido y preso  
 en la jornada del pasado día,  
 cuando la red crujía  
 de la copiosa pesca bajo el peso.

## XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,  
 en la ingrata faena  
 le acompañaba, y con secreto gozo,  
 á menudo, ligera como el rayo,  
 mirándole al soslayo  
 orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!—

## XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,  
 en el redondo seno  
 que el ceñido jubón reprime y tapa,  
 suspendiendo de pronto su trabajo,  
 decía por lo bajo  
 con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!—

## XXIX.

Entonces dibujándose indecisa  
 en sus labios la risa,  
 contemplábase, muda de embeleso,  
 la dichosa pareja enamorada,  
 y era aquella mirada  
 una promesa, una caricia, un beso.

## XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,  
 como su nombre hermosa:  
 arde en sus ojos de placer la llama.  
 Su fresca boca, que al halago brinda,  
 es dulce cual la guinda  
 que el pájaro voraz pica en la rama.

## XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,  
 que se deshace en breve:  
 negros sus ojos son, negro el cabello.  
 Competir en su rostro parecía  
 la noche con el día;  
 pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

## XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo  
 Miguel, el más activo  
 y arriesgado patrón de aquella playa,  
 que ágil en el timón, fuerte en el remo,  
 en el peligro extremo  
 ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

## XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio  
 de su penoso oficio,  
 por la abierta camisa muestra el pecho  
 de fuerte y musculosa contestura,  
 no á la molicie impura,  
 sino á las fieras tempestades hecho.

## XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza  
 oculta la nobleza  
 de un corazón resuelto, pero sano.  
 Tan sólo Rosa conquistó la palma  
 de someter un alma,  
 que no logró domar el Oceano.

## XXXV.

Santificó su paz y su ventura  
 la bendición del cura.  
 Tres meses hace que al sagrado lazo  
 la ya vencida voluntad rindieron,  
 tres meses, que se dieron  
 el primer beso y el primer abrazo.

## XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,  
 honor y prez de España,  
 dos almas en sus gustos más unidas,  
 ni con tan casto ardor el himeneo  
 en un mismo deseo  
 fundió dos corazones y dos vidas.

## XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces  
 las horas y los goces.  
 Ignoraba los usos cortesanos  
 su amor tan inocente como vivo:  
 pero el beso furtivo,  
 la franca risa, el apretón de manos,

## XXXVIII.

el íntimo y verboso cuchicheo,  
 semejante al gorjeo  
 de alegres aves, el falaz desvío  
 de que mimada joven alardea,  
 sólo el tiempo que emplea  
 en decir su amador:—¡Dulce bien mio!—

## XXXIX.

la voz, el gesto, la expresión, el modo  
 de contemplarse, todo  
 trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma,  
 por inculto que sea y por grosero,  
 para el amor sincero  
 no es tierno como arrullo de paloma?

## XL.

Juntos en deleitable compañía  
 trabajan á porfía,  
 repasando la red, y tan molesta.  
 como pesada operación sazona  
 la burla retozona,  
 la aguda chanza, ó la atrevida fiesta.

## XLI.

Reconcentrados en su amor profundo,  
 ¿qué les importa el mundo?  
 Los sueños de ambición dan al olvido.  
 A su cariño sin temor se entregan  
 y juegan, como juegan  
 los pájaros incautos en su nido.

## XLII.

No lejos, en el término de un prado  
 donde manso ganado  
 con la hierba otoñal su gula aplaca,  
 la madre de Miguel, limpia y risueña,  
 tranquilamente ordeña  
 las llenas ubres de fecunda vaca.

## XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos,  
 tan jóvenes, tan bellos  
 y tan rendidos á su mutuo encanto,  
 los dulces ojos, que la edad apaga,  
 y por sus labios vaga  
 leve sonrisa, tierna como el llanto.

## XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,  
 á quien tan sólo deja  
 vanas memorias la cansada vida,  
 con qué intenso y profundo regocijo  
 siente y ve en aquel hijo  
 reverdecer su juventud perdida!

## XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,  
 con sus castos amores,  
 sus ansias, sus placeres y congojas.  
 Es como tronco roto, que aún resiste,  
 y el mes de mayo viste  
 de nuevas ramas y de nuevas hojas.

## XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,  
 y desbordando el gozo  
 que en sus plácidos ojos centellea,  
 dijo, llamando la atención de Rosa:  
 —Mírala qué hacendosa  
 y entretenida está. ¡Bendita sea!—

## XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!—  
 Rosa exclamó:—Bien dices.—  
 Respondiéndola Miguel:—¡Quieran los cielos  
 para colmar la dicha de esa anciana,  
 concederle mañana  
 inocentes y hermosos netezuelos!—

## XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,  
 mostrando en su semblante  
 el vívido color de la amapola,  
 al cuello se colgó de su marido,  
 y murmuró á su oído  
 una tímida frase ¡una tan sola!

## XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,  
 que removi6 hasta el fondo  
 el alma de Miguel, como la ardiente  
 lumbre del sol que las campiñas dora,  
 hace, germinadora,  
 estallar en el surco la simiente.

## L.

—¡Madre! ¡madre!—gritó falto de aliento;  
 y pronta al llamamiento  
 con creciente ansiedad la anciana vino.  
 —¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.  
 —¿Qué es esto? ¡Pues es nada!—  
 contéstole Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Qué avanza mi ventura á toda vela!  
 ¡Qué vas á ser abuela!  
 ¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!—  
 Y hablaba cada vez menos tranquilo,  
 levantándola en vilo,  
 locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo  
 del apretado nudo,  
 y no vuelta del pasmo todavía,  
 haciendo á Rosa malicioso guiño,  
 con maternal cariño,  
 —¡Ah bobo!—prorrumpió—¡si lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,  
 en íntimo, en estrecho,  
 en entrañable abrazo confundidos,  
 mezclaron sus sencillos corazones,  
 anhelos, ilusiones,  
 lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,  
 se anticipa el deseo  
 con sus alas de rosa al bien distante,  
 Miguel dijo soñando:—Si no muda  
 el tiempo, y Dios me ayuda,  
 la pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,  
 á Castro... ¡no! á la corte  
 iré en seguida, y si en las tiendas hallo  
 cosa de gusto, volcaré el bolsillo,  
 y le traeré un hatillo  
 de príncipe... ¡y un sable!... ¡un caballo!

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:  
 —¡Si casi le estoy viendo  
 con su carita colorada y fresca,  
 y sus gracias alegres y sencillas,  
 sentarse en mis rodillas  
 para escuchar los lances de la pesca!

## LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa  
 cuando á buscarme vaya!  
 Y cuando se acostumbre al lado mío,  
 al olor del carbón y de la brea,  
 ¡verás cómo gatea  
 por los palos y arcias de un navío!

## LVIII.

Será—siguió diciendo satisfecho,—  
 un mozo de provecho,  
 más resistente y firme que una entena.  
 Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—  
 —¡Hijo de mis entrañas!—  
 Rosa le interrumpió con susto y pena.

## LIX.

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...  
 ¿No bastan los pesares  
 que me afligen por tí? ¡Vaya un empeño!  
 No lograrás vencerme, te lo digo,  
 hartó sufro contigo  
 sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

## LX.

—¡Bravo!—exclamó Miguel:—¡Famosa idea!  
 Pues ¿qué quieres que sea?—  
 Y mirándole Rosa con ternura,  
 —¡Cura!—le respondió.—¡Cómo!—repuso  
 el pescador confuso,  
 —¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!

## LXI.

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día  
 á la Virgen María,—  
 respondió con tiernísimo arrebato,  
 —por cuantos mueren en la mar traidora,  
 por la infeliz que llora  
 su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

## LXII.

—Pues nó me harás cejar.—Ni á mí tampoco.  
 —Vayamos poco á poco—  
 dijo, cortando la incipiente riña  
 la madre de Miguel.—Pues yo no paso  
 por que apuréis el caso  
 sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

## LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:  
 arrugó el entrecejo  
 contrariado tal vez; pero de pronto,  
 á compás de ruidosa carcajada  
 prorrumpió:—Nada, nada,  
 madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

## LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,  
 aun cuando sea el vivo  
 retrato de mi adusta morenita.—  
 Y con franca efusión abrazó á Rosa,  
 que entre esquiva y gozosa  
 dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

## LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?  
 ¡Santa y perenne fuente  
 del amor paternal, que en nuestro anhelo  
 en misteriosas ondas repartida,  
 para endulzar la vida  
 y templar nuestra sed, bajas del cielo!

## LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,  
 que turbas nuestra calma,  
 y con ritmo jamás interrumpido  
 despiertas los estímulos que duermen,  
 haces vibrar el germen,  
 subir la savia y palpar el nido!

## LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza  
 suspende la fiereza  
 del oso huraño y del león hirsuto,  
 y tu fuego vivaz que do quier arde,  
 ímpetu da al cobarde,  
 vigor al débil y razón al bruto.

## LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,  
 se muda, se trasforma,  
 y en este inmenso impenetrable abismo  
 que la infinita variedad encierra,  
 tan sólo tú, en la tierra,  
 en el cielo y el mar, eres el mismo.

## LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento  
de su mayor contento,  
asomando al través de los maizales  
que encubren la vereda del molino,  
un marinero vino  
á turbar sus ensueños paternos.

## LXX.

Era Roberto, amigo y camarada  
de Miguel. Alma honrada  
que á su pesar apasionado culto  
consagra á Rosa; amor inofensivo,  
pero punzante y vivo,  
en lo más hondo de su pecho oculto,

## LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—  
Con tono afable y llano  
dijo al verle Miguel.—Bien se conoce  
que tienes—contestó—la paz en casa,  
y que el reló se atrasa  
para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

## LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,  
el cielo está sereno  
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes  
calcular el aguante de tu malla,  
pues hoy, ó todo falla,  
van con la pesca á reventar las redes.

## LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!...  
El año ha sido malo...—  
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito  
no perder la ocasión, porque mi esposa...—  
Iba á hablar; pero Rosa  
dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

## LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,  
no diré una palabra,—  
contestóle Miguel. Mientras Roberto  
rendido al golpe de su ardiente pena,  
contemplaba la escena,  
lívido y silencioso como un muerto.

## LXXV.

Quien en lo oscuro de su pecho esconda  
 la herida viva y honda  
 que sangra sin cesar, de un desdichado  
 amor, y tenga para más tortura,  
 el sueño de ventura  
 que nunca logrará, siempre á su lado,

## LXXVI.

quien de los celos pertinaces sienta  
 la mordedura hambrienta,  
 y finja indiferente y satisfecho  
 ver su imposible bien en otros brazos,  
 mientras quiere á pedazos  
 el corazón saltársele del pecho;

## LXXVII.

quien amando en silencio hasta el delirio,  
 no tenga en su martirio  
 ni aun el triste consuelo de la queja,  
 podrá tan sólo comprender el fiero  
 pesar del marinero,  
 ante el placer de la gentil pareja.

## LXXVIII.

Miguel de pronto profirió:—; Al avío!—  
 con desenvuelto brío  
 la fuerte red plegando. Diligente,  
 y según su costumbre cariñosa,  
 iba á ayudarle Rosa  
 cuando él le dijo amedrentado:—; Tente!

## LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera  
 que un esfuerzo cualquiera...  
 ¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,  
 que hoy la felicidad me presta aliento.  
 ¡Hasta capaz me siento  
 de cargar con la barca, si es preciso!—

## LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas  
 Miguel echóse á cuestras  
 la recogida red, diciendo:—; Vaya!  
 Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto  
 en íntimo concierto  
 tomaron el sendero de la playa.